

LA LUZ.

SEMANARIO

FILOSÓFICO-MORAL Y LITERARIO.

PROSPECTO.

Presentar semanalmente al público algunos artículos exclusivamente morales en estilo sencillo y sin pretensiones, y algunas producciones literarias de buen género, es el objeto que se propone el Director del *Semanario* que anunciamos.

Admitiremos y publicaremos con gusto, siendo aprobado por la dirección del *Semanario*, cualquier artículo verdaderamente moral que se nos remita.

Tendremos un placer en reproducir muchos artículos de otros periódicos, que sean conformes á nuestro programa.

No disputaremos sobre religion ni política, y respetaremos á todas las clases. El vicio no es un hombre.

Nuestros principios son claros como la luz.

1.º Sin Dios y sin respeto al catolicismo verdadero, no hay moral posible.

2.º La base del respeto á los derechos es la práctica del deber.

3.º Las luchas periodísticas no siempre moralizan.

Filosofía moral es la ciencia que trata de la bondad y maldad de las acciones humanas, y explica la naturaleza de las virtudes y vicios.

4.º La mofa y la caricatura no hablan con *La Luz*.

5.º La naturalidad será nuestra elocuencia.

6.º Los productos se convertirán en mejoras del *Semanario*.
EL DIRECTOR, J. A

Condiciones y precios de suscripcion.

El *Semanario*, saldrá cada domingo. Su tamaño y tipo será igual á este prospecto, y tendrá 8 páginas de impresion que se aumentarán cuando lo crea necesario el Editor. El primer número saldrá el 1.º de Noviembre próximo.

Como el *Semanario* no es un objeto de especulacion, solo costará en Barcelona y provincias 2 rs. al mes; en Ultramar 8 por trimestres, por libranzas ó sellos de franqueo.

Se suscribe en Barcelona, en la imprenta de I. Jepús, calle de Petritxol, núm. 14; en las librerías de los herederos de la viuda Plá, calle de la Princesa; Ferrande Roca, Rambla de S. José, y Puig, plaza Nueva, y en las principales librerías de provincias y del extranjero.

NOTA. — Toda la correspondencia deberá dirigirse á la Imprenta de LA LUZ, calle de Petritxol, núm. 14.

(Diccion. enc. de la Lengua española.)

Con todo encarecimiento damos las gracias á nuestros apreciables cólegas de Barcelona por la galantería con que publican semanalmente el *Semanario* de todos los números de LA LUZ.

Hoy se reparte la nueva tirada de prospectos.

Nos hemos visto precisados á hacer la tercera edicion del primer número, y la 2.ª del 2.º y 3.º á pesar de haber sido muy numerosas las hechas hasta el dia. Los suscriptores de provincias habrán de perdonarnos si tardamos en servirles.

Rogamos con instancia á los Sres. Suscriptores de Barcelona, se sirvan reclamar en todos sentidos en que se conozcan perjudicados.

A los Sres. que nos favorezcan con sus escritos les rogamos se sirvan preferir para la seccion doctrinal asuntos filosófico-morales y los históri-

cos y sentimentales para la literaria, pero que respiren la mas pura moralidad.

Á LOS SEÑORES LITERATOS.

El Editor desea regalar á los Sres. suscritores un tomo de composiciones religiosas totalmente aparte del *Semanario*, para lo que, despues de haber consultado con personas dignas, invita con todo encarecimiento á toda clase de escritores para que se sirvan remitirle sus trabajos, con los que quedará muy honrado.

Toda composicion en prosa ó verso, ya sea castellana, catalana ó latina pero breve, debe estar en poder del Editor antes de tres meses, quien las entregará á un Censor digno antes de publicarlas y escogerlas.

SECCION DOCTRINAL.

UN RECUERDO.

En la 2.^a página del primer número decíamos «¿Sois depositarios de la verdad? La Direccion os aguarda respetuosamente para oirla, porque solo por su amor se lanza al mar borrascoso del periodismo. Aguardamos consejos de *quien puede, sabe y nos ame.*»

Hoy se publica el 5.^o de los números de LA LUZ y hemos recibido las mayores pruebas de simpatía de parte de los hombres que mas aman la verdad. Hemos recibido cartas no escasas de enhorabuena. Nos hemos dirigido á todos los Excmos. Sres. Prelados de España: estamos en comunicacion con los beneméritos Curas-párrocos, y antes de muchos dias, los Sres. Curas castrenses, los Profesores de instruccion, los Secretarios de los Ayuntamientos y un inmenso número de Corresponsales, á cual mas digno, habrán visto en toda España, en sus Américas y en el extranjero, que en el siglo de las luces no está olvidada la luz de la verdadera filosofía obediente al Catolicismo. A todos les hablamos en modestas pero ardientes y francas circulares, á todos les saludamos descubierta la cabeza y sumisa la mirada, dispuestos á escuchar las observaciones que intenten hacernos, resueltos á conservar y estudiar sus escritos de crítica poderosa, sabia y amigable.

LA DIRECCION.

Insertamos el tercer artículo sobre *la filosofía y la moral* con que nos ha favorecido un joven distinguido y amante de la verdad, como ya han conocido nuestros apreciables lectores en los dos primeros con que ha honrado nuestras columnas. Un solo sentimiento nos queda: no poder revelar su nombre. Decíamos en el número 4.^o «Para obrar el bien la firma es un adorno.»

LA FILOSOFÍA Y LA MORAL.

III.

El camino que hemos seguido para demostrar la influencia de la filosofía en la moral de la familia, nos conduce á probar lo mismo con respecto á la moral de los pueblos, porque en verdad, las materias de ambos artículos tienen mas de un punto de contacto y al fin la misma constitucion y naturaleza de los pueblos ha de llevarnos á la verdad que pretendemos enunciar.

El hombre tiene una mision sobre la tierra, mision para cuyo cumplimiento son demasiado reducidos los estrechos limites del hogar doméstico: necesita un campo mas vasto, mas estenso, necesita otras fuerzas que, uniéndose á las suyas, hagan posible su desarrollo intelectual y moral, hagan posible su perfeccion mas ó menos completa. De ahí es, que vive por naturaleza en la *sociedad política*, de la misma suerte que vive en la sociedad doméstica: un instinto, una necesidad le impele á ella, porque así lo ha dispuesto la Soberana Inteligencia, que rige las esferas y gobierna el universo. Ahora bien, si conducidos por la luz de la razon y con el escalpelo del análisis estudiamos la naturaleza del pueblo en que vivimos, ó de cualquiera de los que han existido, en todos tiempos y lugares vemos lo mismo, un conjunto de individuos á quienes el pueblo debe su existencia presente; cuyas manifestaciones le caracterizan. En buen hora la ciencia demuestre, que la *sociedad política* es entidad con vida propia, que las sociedades no mueren con las generaciones; no negaremos estas verdades, porque no somos secuaces de las doctrinas de Vico, en las cuales vemos mas bien la cabeza del escritor, que la realidad histórica; mas, ó andamos muy equivocados, ó nadie podrá negarnos que existen los pueblos, porque existen individuos que los constituyen. De otra parte; no se crea que la vida de los últimos sea de inaccion, es una vida de actividad, es una vida que influye poderosamente en la suerte de los estados. Los pueblos no pueden tener otro espíritu, ni otro carácter moral en todas sus manifestaciones, que el que sus elementos le impriman, porque estos le dan sus ideas, le adornan con sus sentimientos nobles, ó le humillan, le abaten y le degradan con sus sentimientos ruines. Los vicios y las virtudes de los individuos no desaparecen, ni mueren en ellos; llevan sus consecuencias á una esfera mas elevada, se reflejan en los pueblos de la misma suerte que las flores dan su olor al aire en que viven. Elijanse ciudadanos parecidos á los babilonios de los tiempos de Baltasar, constitúyase con ellos una nacion; y de seguro que sus caracteres serán la

voluptuosidad y una sed hidrópica de placeres; modifiquense los sentimientos de los primeros y luego será otro el aspecto moral de la segunda. Así lo dice la historia. Cuando en Roma se perdieron las virtudes republicanas, cuando el estoicismo degradó las costumbres de los Romanos, aquella sociedad robusta y fuerte escandalizó al mundo, cubriéndose de oprobio y de eterno baldón a los ojos de la posteridad. De consiguiente la moralidad de los pueblos depende de la moralidad de los individuos, que son sus elementos constitutivos.

No es menor la influencia que ejerce en ellos la moral de la familia, porque se cree acaso que su vida, sus cualidades son indiferentes á la vida y cualidades de los pueblos? La importancia de la sociedad doméstica es muy grande bajo todos conceptos; pero sin duda lo es mas bajo el punto de vista moral. Ella vive dentro del estado, ella le da sus hijos, moralícese la familia, y los pueblos habrán dado un paso de grandes consecuencias para su moralización; hágase que en ella la virtud tenga su altar y su culto y entonces la virtud resplandecerá en las manifestaciones todas de los estados. Por esto es, que todo desórden en aquella trasciende luego á estos, que cuando los vínculos de la familia se relajan ó se rompen, la sociedad civil sufre la misma suerte. Y no podia ser de otra manera; porque como ha de cumplir los deberes civiles el que no es capaz de obedecer la voluntad divina que se los impone en el hogar doméstico? Si esto es cierto, podemos deducir una consecuencia, porque, si la moral de los pueblos depende de la de los individuos y de las familias, si en la de ambos influye la filosofía, esta llevará también su influjo en la de los pueblos.

Y en tanto es así, que casi todos los noveladores y utopistas antiguos y modernos, cuando han tratado de modificar los estados, han dirigido casi siempre sus ataques al individuo y á la familia, porque han creído sin duda que así sus tiros serian mas certeros y eficaces.

Pero los pueblos no son únicamente la agregación de individuos y familias, sino que existen estos formando un conjunto ordenado y armónico, viven bajo la protección de un poder superior á todos ellos, están relacionados entre sí con el doble lazo de la simpatía y del derecho, se dirigen á la consecución de un fin general, que interesa á todos, por mas que sea en provecho de cada uno. De ahí nace la existencia de deberes recíprocos entre los distintos elementos de un pueblo, deberes de cuyo cumplimiento depende el órden, la moral pública del mismo. Desde el momento que existe un poder en la sociedad, los súbditos le deben sumisión y respeto; pero él á su vez les debe protección, porque es el tutor universal de los mismos. Los súbditos se deben amor y auxilio mutuo, contribuyendo cada uno

con su óbolo á la obra que juntos deben realizar; y todos, poder y súbditos, deben sujetar sus acciones á la ley, respetando siempre los derechos de cada uno, porque no siendo así, la anarquía y la fuerza suceden á la armonía y á la justicia. ¿Pero quien está encargado de cumplir estos deberes? el individuo y solo el individuo: de manera que, las ideas y sentimientos de este deberán influir precisamente en el cumplimiento de todos esos deberes. ¿Qué sería de un estado en que la voluntad y el capricho imperasen en todas las clases? ¿Qué sería de un estado en que el sentimiento del deber hubiese desaparecido del corazón de todos los ciudadanos? ¿Qué sería de un pueblo en que no reinase la idea de la justicia y no la tuviesen presente los individuos en todas sus acciones? A la voluntad sin límites sucedería la anarquía, el desórden, el escándalo: el poder no obrando conducido por la justicia y no siendo ella su virtud y su regla sacrificaría el bien de sus súbditos en aras de su propio capricho, los derechos todos serian vanos é ilusorios, la conspiración y la violencia serian los medios con que débiles y fuertes procurarían encumbrarse, no habría otra ley ni otro derecho que la fuerza. El vicio, la usurpación, el latrocinio ocuparían el lugar de la virtud, de la compasión, del respeto á la propiedad; en una palabra: el escándalo público sería el estado de semejante pueblo, la desmoralización pública estaría en su apogeo. Véase pues como aun bajo ese concepto la moral de los pueblos depende de la moral del individuo; y de consiguiente en ella influye también la filosofía.

Aun cuando la naturaleza de los pueblos no nos hubiese conducido á la verdad que acabamos de sentar, nos bastaría para demostrarlo hacer un ligero exámen de los principios de algunos pretendidos filósofos. En efecto: con ellos se quebrantan todos los vínculos sociales, se legitima el incumplimiento de todos los deberes que tiene impuestos el hombre que vive en sociedad. Aristóteles defiende la existencia de la esclavitud en la sociedad, cual si todos los hombres no fuesen hijos de un mismo padre, no hubiesen sido creados para idéntico fin y no tuvieran por naturaleza una alma inteligente y libre. Rousseau y Lamennais rompen el principio de autoridad, el primero, haciendo convencional la superioridad de los poderes constituidos, el segundo diciendo que es conveniente y legítima la insurrección para destruir los gobiernos y cambiar la organización social: Proudhon destruye el respeto á la propiedad y materializa los sentimientos religiosos, defendiendo, é inculcando sus principios anti-sociales y sacrilegos; y finalmente los sectarios de la materia sostienen que todo acaba con el cuerpo, con lo cual introducen el sensualismo mas exagerado que acaba por contaminar los corazones todos. Que delirios!... Cuando re-

flexionamos sobre estos principios nos parece ser una ilusión que se hayan escrito, que un ser racional los haya concebido; y una idea triste oprime entonces nuestro corazón, porque vemos hasta donde llegan los extravíos de la razón, porque consideramos las trascendentales consecuencias que semejantes ideas pueden llevar á la sociedad. Acéptense los principios indicados, constitúyase un pueblo en que rijan con toda su fuerza; y cual será su carácter? cual su moralidad? Un gran número de seres inteligentes y libres gemirán en la esclavitud mas abyecta, sin derechos ningunos, ni aun casi á la compasión de sus dueños, que venderán á sus semejantes, como una cosa cualquiera, solo porque son esclavos: será un pueblo en que, ó no habrá superior que dicte leyes y las aplique, ó si se dictan, todos estarán facultados para no observarlas, un pueblo en que no se respetará ningún derecho, será un pueblo que vivirá sin religión, sin propiedad, sin leyes, sin justicia, sin virtud. Y faltando estas bases, qué será de la moralidad pública? De suerte que la vida moral de los estados se debe en gran parte á los principios filosóficos: recuérdense los funestos escesos de la revolución francesa y la fatal influencia que ha ejercido la predicación del protestantismo en las costumbres públicas.

Hé aquí pues como la filosofía influye en la moral individuo, de la familia y de los pueblos. Si estos elementos de la gran sociedad humana no siempre han seguido el sendero que debía conducirles, cúlpese en gran parte á los filósofos, que con principios erróneos les han extraviado no pocas veces del verdadero camino, puesto que como dice Balmes, *la perfección de estos tres elementos dimana de las doctrinas.* B. C.

SECCION LITERARIA.

¡POBRE MADRE!

No llores, no, que Dios allá en el cielo
Contempla sonriendo tu congoja,
Y Dios ama á las madres sin ventura,
Y enjuga Dios los ojos del que llora.
No llores, no, que en la celeste esfera
Un ángel mas entona dulces trovas,
Que un niño de dorada cabellera
A los piés del Señor tierno se postra,
Y enlazando sus manos inocentes
El perdón de su madre alegre implora.

¿Porqué con la faz triste y macilenta
Sobre una tumba de dolor postrada,
Al declinar el moribundo día,

Murmuras melancólica plegaria?

¿Porqué ese mármol solitario y frío
Con llanto estéril fervorosa bañas,
Si sabes que es en vano tu lamento,
Si sabes que á esa piedra inanimada
Destilando tus puños roja sangre
Con inútil gemir en vano llamas?

¡Pobre madre! las penas de tu alma
Lágrimas son de hiel que la emponzoñan;
¡Pobre niño! las sombras de tu Ocaso
Disiparán los rayos de su aurora.
¡Cuántas veces le viste sonriendo
Correr tras las pintadas mariposas
Por el jardín ameno! ¡Ay! ¡cuántas veces
Con él jugando, madre venturosa,
Le estrechaste frenética en tus brazos
Con mil besos cerrándole la boca!

¡Y si era tan hermoso! Sus cabellos
Caían juguetones, descuidados,
Sobre su blanco cuello: su mirada
Lánguida y dulce como el sol de Mayo
Se fijaba en la tuya candorosa,
Y al ver sobre sus labios sonrosados
Divagar inocente una sonrisa,
Vagaba otra sonrisa por tus labios.
Llórale, si, desventurada madre,
¡Era tan bello, y ¡ay! te amaba tanto!

¿Te acuerdas tú?... La brisa de la noche
Deshojaba las flores; frío el aire
Pesaba como plomo; tu velabas
Sola cerca su cuna, pobre madre!
De pronto te llamó, sus tiernos dedos
Se crisparon helados y tu imagen
Ya en sus ojos no viste, alzó su brazo
Y sin fuerza cayó, pesado, grave....
Los labios blancos, la mirada fija....
Tu llorabas... ¡y el niño era ya un ángel!

¡Pobre madre! aflijida sollozando
Cruza cansada su fatal camino,
Hielo en el corazón, muerte en el alma
Sin afán, sin deseo, sin cariño.
No encuentra quien á trueque de sus besos
Sus años vele tristes y marchitos;
¡Murió su hijo! y desde entonces crecen
Sus blancas canas en revueltos rizos
Que un día jugueteando en sus rodillas
Las enlazara sonriendo un niño.

Cuando la muerte con su soplo frío
Hiele su rostro en la callada noche
Y á impulso de su mano descarnada
En pobre lecho de dolor la postró,

No habrá un ángel de amor que de rodillas
Una plegaria por su alma entone,
No habrá un ser que consuele su agonía,
Que besando su frente triste lllore,
Ni una mano temblando de amargura
Derramará sobre su tumba flores.

¡Pobre niño! pobre flor que tan temprano
Arrojó al cielo su primer aroma:
Dejando á ti que la cuidaste siempre,
En premio de tu amor, solo sus hojas.
No llores, no, que en la celeste esfera
Un ángel mas entona dulces trovas,
Que un niño de dorada cabellera
A los pies del Señor tierno se postra,
Y enlazando sus manos inocentes
El perdon de su madre alegre implora.

ANICETO DE PAGÉS DE PUIG.

Con la mayor satisfaccion insertamos la siguiente
poesía remitido por el Circulo Artístico literario
La Amistad. Tenemos motivos para creer que los
dignos individuos de esta sociedad nos favorecerán
con otras composiciones tanto en verso como en
prosa.

LA VERDADERA AMISTAD.

Oh tú, ser misterioso,
Que al pecho triste has tanto consolado,
Tú, que en plectro armonioso,
Alguna vez mi lengua has inspirado,
Desciende en este día,
Desciende, ven, é inflama el alma mía.

¡Oh, si, ! cantar yo quiero
Los dulces goces de la amistad pura,
Y aunque en son lijero,
Quiero entonar un canto de ternura,
Un canto dedicado,
Al ser que tantas veces he admirado.

La amistad verdadera
Es ángel, que, solícito y amante
Siguiendo la carrera
Del hombre, vá con paso vigilante,
Sembrando hermosas flores
Por su senda de espinas y dolores.

Es flor, flor purpurina
Que despide el aroma mas preciado,
Es cual rosa divina
Que en su cáliz hermoso y nacarado,
Un bálsamo atesora
Para el pobre infeliz que gime y llora.

Tú, jóven, que has perdido
La ilusion mas risueña y mas querida,
Que solo y afligido
Marchitada ves ya tu verde vida;
No llores, no, no llores
Te brinda el ángel ya un lecho de flores.

Levántate, y ansioso
Cuéntale tus fatigas, tus pesares;
Y verás que lloroso
Al ver de tu existencia los azares,
De pena cual tu lleno
Tu seno estrechará contra su seno.

Con dulce y blando acento
Calmar procurará tu desventura,
Sino logra su intento,
Si consolar no puede tu tristura,
Cual tu desconsolado,
Cual tú suspirará junto á tu lado.

Mas, si tu desconsuelo
Un día trueca en gozo tu destino,
Vendrá en mágico vuelo,
Vendrá á alfombrar de flores tu camino,
Vendrá amoroso, y riente
Con mirto ceñirá tu jóven frente.

Y tu, virgen hermosa,
Que eres tal vez la victima del hado,
Coje esa bella rosa,
Que en su cáliz divino y nacarado
Un bálsamo atesora
Para el pobre infeliz que gime y llora.

Si, queridos amigos,
Vosotros lo sabeis por experiencia:
Vosotros sois testigos
De que aquí la amistad, ángel de ciencia,
Al corazón dá aliento,
Nueva fuerza y vigor al pensamiento.

En torno vuestra frente
Este ángel tiende aquí sus blancas alas,
El os orla sonriente
Con las mas ricas y brillantes galas,
Puesto que él os ofrece
Lo que á la juventud mas enaltece.

Venid, amigos míos, y gozosos
Sacad de vuestro pecho en esta noche
Esa divina flor;
Permitidme amorosos
Que yo la aspire y la dé con mis labios
Un ósculo de amor.

Soy jóven cual vosotros: ya he perdido
La placentera calma que mecia
Mi existencia infantil;
Por esto aquí he venido,
Pues necesito un ángel que diriga
Mi paso juvenil.

Vosotros ¡ay! sabéis como fenece
La dicha, la inocencia, la hermosura
De la infantil edad,
Al punto en que aparece
Cercada de engañosas ilusiones
La incauta pubertad.

El hombre, cuando deja de la vida
Los años inocentes, —cuando jóven
Pisa el segundo umbral,
Es cual la flor perdida
Es cual la flor perdida, —abandonada
En desierto arenal.

Allí los vientos ¡ay! su talle agitan,
Y las lluvias desmayan su capullo,
Roban su suave olor,
Los soles la marchitan,
Hasta que al fin tronchada, seca, muere
La abandonada flor.

También el jóven ¡ay! lleno de vida
Corre agitado en pos de la ventura
Buscando una ilusion,
Una ilusion mentida
Que agosta y mustia y seca y troncha y mata
Su incauto corazon.

Busca placeres luego, busca orgia
Pensando hallar en ella lo que anhela
En su incesante ardor;
Mas esta le dá un día
La misma muerte ¡ay! que dan los vientos
A la olvidada flor.

Un día y otro día vá pasando
Entre locas Evantes y festines
Sin ver el infeliz,
Que siempre va aumentando
Pasion á otra pasion, riesgo á otro riesgo,
Desliz á otro desliz.

Perdiendo va su aroma lentamente
Aquella flor que un día despidiera
Perfume celestial;
Aquel pecho inocente
Que en su niñez dormido se quedará
Al canto maternal.

Mas ¡ay! que llega un día en que aburrido
De su falaz vivir, de sus locuras

Atrás quiere tornar;
Y está ya pervertido,
Y de amor puro ya su pecho impuro
No puede palpar.

Entonces vé que el siglo, que la orgia
En cuyo seno paz hallar pensaba
En su incesante ardor,
En lugar de ambrosia
Le han dado muerte cruel, como los vientos
A la olvidada flor.

No, amigos míos, no, mi alma no quiere
Ser flor que por las lluvias combatida
Vive en la soledad;
Mil veces, mil, prefiere
En el siglo vivir bajo las alas
De la santa amistad.

Desde hoy aquí vendrá mi tierno pecho
A libar con vosotros las dulzuras
Del arte é ilustracion,
Estaré satisfecho
¡Ay! si me amais, amigos, cual os ama
Mi jóven corazon.

FRANCISCO DE ASIS RENAU.

EL CIEGO DE VALLADOLID.

(Continuacion.)

A esta pregunta, tan natural, nadie supo que contestar.

—De quién será este chiquillo? dijo Juana.

—Yo no le conozco.

—Ni yo.

—Asunto concluido, contestó el campesino; me le llevo, y si alguien le reclama ya sabrá donde encontrarle.

VI.

Creo que ya habrá V. adivinado quien era aquel niño arrojado á un lado del camino, exánime y cubierto de sangre.

Ignoro cuanto tiempo estuve luchando con la muerte; cuando recobré la salud, Tomás Musniel, que así se llamaba el honrado labriego, pensó haber salvado la vida á una idiota; mi inteligencia estaba ofuscada, mis palabras eran inconexas, parecia un ser insensible, y solo me animaba y adquiria expresion mi fisonomía, al esclamar:

—Socorro! ¡no me mateis!

Y fui repitiendo esta exclamacion por espacio de dos años; dos años que pasé en un continuo letargo.

Al cabo de este tiempo caí gravemente enfermo, y así como una enfermedad me había privado del juicio, otra me lo devolvió.

Abri un día los ojos sin saber lo que por mí pasaba; contemplé admirado cuanto me rodeaba, y lleno de alegría, quise incorporarme en el lecho, pero las fuerzas me faltaron y caí sobre el colchón, casi desvanecido de placer.

Entonces empecé á gritar; entoné una canción extraña en medio de llanto y risotadas; y cesaba á menudo el canto para llamar por su nombre á cuantos objetos veía, como si esperara una contestación, ó quisiera demostrarles que aun me acordaba de ellos.

Para que pueda V. comprender lo que por mí estaba pasando en aquel momento, imagínese V. á un niño que viene al mundo teniendo cerca de seis años, y estos seis años los ha vivido, pero de una manera extraña; todo lo que se presentaría ante sus ojos sería nuevo para él, y sin embargo conocería aquello, sabría nombrarlo, tendría ideas, algunas exactas, otras confusas, pero sin saber como las había adquirido.

A mis gritos acudió Musniel, temiendo un arrebatado de locura, pero al notar que contestaba á sus preguntas, al ver que se había despejado mi inteligencia, lloró y rió conmigo, y nos encontramos estrechamente abrazados confundiendo nuestras lágrimas de contento.

Muchas veces he llorado en mi vida, pero solo aquella vez el placer originó mi llanto; dos meses mas tarde debía arrancarle el dolor; despues.... ¡el remordimiento!...

VII.

Al llegar á esta parte de su relato, la voz de Pedro era melancólica, triste.

El nombre de Tomás Musniel se escapaba de sus labios dulce como una bendición.

¡Pobre viejo! ¡Recordaba conmovido aquel periodo de su vida, él, un gran criminal segun habia dicho, y le costaba mucho trabajo volver aquella página de su existencia.

A pesar suyo se detuvo un instante; y yo respeté su silencio como hubiera respetado la oración de un niño.

Tal vez evocaba la imagen de Musniel; la pobre casita del labrador.

Y recordaria las lágrimas de placer que derramó Tomás al abrazarle tiernamente.

Y estas lágrimas refrescarían por breves instantes su ardiente corazón; sin que el tiempo hubiese sido potente para evaporarlas.

Llorad cuando encontréis á algun desgraciado; mezclad sus lágrimas con las suyas, y este recuer-

do jamás se borrará de su memoria.

Los hombres lo olvidan todo; el oro que les habeis dado en la miseria; los beneficios que les habeis dispensado.

Porque el oro solo calma las necesidades del cuerpo mientras las lágrimas son el rocío del alma.

VIII.

Todas las mañanas, continuó el ciego anudando su interrumpido relato, Tomás entraba en mi cuarto para pedirme como habia pasado la noche; luego se sentaba al lado de mi cama, y empezábamos una conversacion, sencilla al principio, pero que se convertía en muy interesante merced á mi ignorancia y á mis preguntas.

En una de estas conversaciones, deseando adquirir algunas noticias acerca de mi origen, me pidió si tenia padres.

—Padres, contesté admirado; y vos, ¿quién sois?

—Yo no soy tu padre.

—Pues entonces, no les he tenido.

Musniel no quiso continuar interrogándome; prefirió aguardar para ello una ocasion mas oportuna.

Cuando estuve en estado de dejar la cama, volvió á hablarme del mismo asunto, pero en vano; no recordaba nada.

A medida que iba hablando crecia la admiración del buen labriego, pues segun pudo colegir de mis palabras, para mí no existía otro mundo que su casita y los huertos que la rodeaban, y él era la única persona á quien conocia.

Tomás, á su vez, se vió obligado á darme algunas esplicaciones; me refirió todos los pormenores de mi encuentro; la enfermedad que me habia robado el juicio, y desnudándome el brazo mostréme la cicatrizada herida.

Y á todo esto, yo no supe que contestar; hice esfuerzos inauditos para rasgar el negro velo que ocultaba mi pasado; estuve tres dias casi loco, delirante, pues las palabras de Musniel me habian escitado sobremanera, pero tuve que confesarme vencido; ni un recuerdo... nada.

IX.

Al mirarme solo y abandonado en el mundo aumentóse el cariño que el labriego me profesaba.

Entonces mi salud era escasa, pues el idiotismo y la enfermedad me habian convertido en un esqueleto.

Respirando los puros aires del campo, y merced á los cuidados de Tomás, mi naturaleza adquirió poco á poco el vigor perdido, y á los dos meses se habia obrado en mí una trasformacion completa.

Recobré la salud, pero no pude recobrar la alegría.

Las revelaciones del labriego me habian descubierto un crimen, y á pesar de mi escasa edad, su recuerdo permanecia fijo en mi mente.

—Jamás te veo reir, me decia muy á menudo mi bienechor.

Y yo sonreia para complacerle, pero al ver aquella sonrisa Tomás meneaba la cabeza.

—Diantre de chicuelo, siempre triste, murmuraba.

X.

—Mañana iremos á la ciudad, me dijo Musniel un sábado por la tarde.

Esta promesa me alegró bastante, pues yo deseaba con afan ver la ciudad.

A causa de mi estado no habia salido aun de la casa de Tomás; el labrador me dejaba solo muchas veces, y una de ellas, al regresar, le pregunté de donde venia.

—De Valladolid, me contestó.

—De Valladolid, y ¿qué viene á ser esto?

—Una ciudad.

—¡Una ciudad!

—Si; un lugar donde hay muchas casas.

—¿Son tan bonitas como la nuestra?

—Mucho más, contestó sonriendo; son mas grandes y mas altas y hay mucha gente.

—¿Cuándo me llevarás contigo?

—Cuando estés bueno.

Habia llegado el momento de cumplir su palabra, y aguardé con impaciencia el nuevo día.

Apenas amaneció, salté de la cama y corrí al cuarto de Tomás, pensando encontrarle ya vestido.

Al abrir la puerta hirió mis oídos el ruido que produce una respiracion lenta, penosa.

Un movimiento de Musniel me indicó que habia sido notada mi llegada, pero este movimiento me dejó helado; presentia una desgracia.

La mano del labrador se habia levantado para indicarme que me acercara, pero sin fuerza volvió á caer sobre el lecho, pesada, inerte.

—¡Tomás! exclamé corriendo á su lado.

—Acércate, dijo con voz débil.

—¿Qué tienes? ¡háblame!

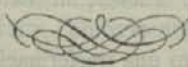
—No sé!... me muero! padezco horriblemente; esta noche ha sido para mí un martirio prolongado...

—Tomás, por Dios!...

—Dios!... si, si, me llama á su lado...

—Oh! yo no quiero que te mueras!

(Se continuará.)



Correspondencia de LA LUZ.

Al S. E. C. G. de Gerona. Se le agradece la poesía remitida, y modificada, se insertará tal vez al tocarle el turno. Se aguardan otras composiciones, que ofrece. Se le recomienda el anuncio que el Editor insertó en el 4.º número.

Al Sr. J. G. y G. de Madrid. Se insertará su composicion en la coleccion de poesias que se regalarán á los señores Suscritores.

A los Sres. Suscritores de Alicante. Se les remitiéron los números que solicitan.

A los señores Suscritores de Valencia. Id.

A los de Calella. Id.

A los de la Bisbal. Que se están reimprimiendo los segundos números.

Al Sr. Presidente del C. A. L. de Barcelona. Que se admite su oferta de remitirnos articulos en prosa y verso.

Al Sr. A. T. de Madrid. Que el prospecto que precede semanalmente á la seccion doctrinal desaparecerá, cediendo á sus observaciones.

A varios señores Redactores del P..... Que les ofrecemos nuestras columnas.

Al Sr. J. A. P. de Barcelona. Que no le agradecemos el lenguaje que brilla en su inmotivada carta.

Al Sr. L. O. de Barcelona. Se insertará su composicion en la coleccion de regalo. Entretanto puede remitirnos otras puramente filosófico-morales.

A los Sres. periodistas que cambian el número con nosotros, se les dan repetidas gracias.

A los Sres. Suscritores de fuera Barcelona. Que no olviden el hacer reclamaciones.

Al Sr. A. P. de Madrid. Tenga presente que nuestro Semanario no es religioso.

Al Sr. T. B. de Barcelona. Que el Editor no puede insertar composicion alguna doctrinal ó literaria sin la firma del Director General que la pondrá cuando sea conveniente.

Por todo lo no firmado, JAIME JEPÚS.—E.

Barcelona.—Imprenta de LA LUZ, de Jaime Jepús, calle de Petritxol, núm. 14, principal.—1861.